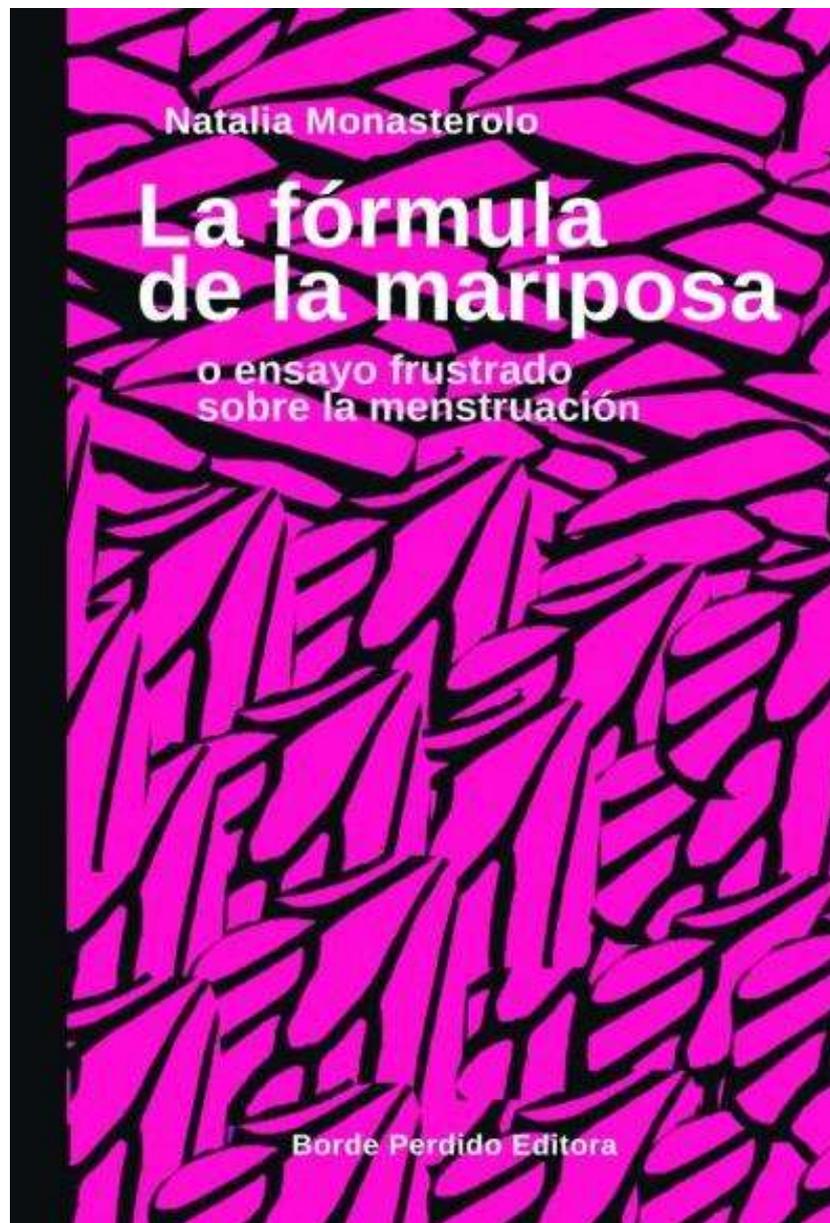


Memoria de un cuerpo femenino que fluye
Memory of a flowing female body

Dra. Candelaria de Olmos
Universidad Nacional de Córdoba
maria.de@unc.edu.ar
ORCID: 0000-0002-1233-4134



Acerca de: Monasterolo, Natalia (2023) *La fórmula de la mariposa (o ensayo frustrado sobre la menstruación)* Córdoba: Borde Perdido

La escritura de este ensayo no tan frustrado sobre la menstruación nace con la visita de ese ángel nocturno que es el primer sofocón. Ángel de la anunciación. Ángel exterminador. Cierta gusto por el retruécano me inclina a decir que el relato de Natalia Monasterolo –nacida en Río Tercero en 1978, abogada, doctora en Ciencias Sociales, Magíster en Bioética y escritora sensible y prolífica– empieza por el fin y se remonta a los comienzos: la infancia. Esta afirmación, sin embargo, es inexacta y es inexacta por dos motivos: porque el fin es también un comienzo y porque el pasado que Monasterolo visita no es propiamente el de la infancia, sino el del fin de la infancia, ese momento fronterizo en que las transformaciones del cuerpo se intensifican: “Un cuerpo. Eso siempre, siempre: el problema del cuerpo” (p. 69). El problema del cuerpo no lo es de cualquier cuerpo: “Siempre se trata de mi cuerpo” (p. 95). ¿El cuerpo de Natalia? Sí. Pero también el cuerpo de las mujeres. “Creo que lo que estoy contando es más que una experiencia singular”, dice ella, y tiene razón. El cuerpo de Natalia es una metonimia: el problema de su cuerpo es el problema del cuerpo de todas. Y el problema del cuerpo (femenino) no es nunca un solo problema.

El relato de Natalia es un relato del fin. O mejor: de la inminencia del fin: de eso que está antes del fin: la narración se detiene en ese momento que precede a la adultez, la adolescencia; y en ese momento que precede a la menopausia (¿habría que decir la vejez?): la perimenopausia. O más bien: el relato de Natalia no se detiene, fluye como un río de tinta y de sangre y dice los flujos y las fluctuaciones del cuerpo de una mujer. Una doble constatación, que solo se revela al final, la guía. Primera constatación: no se puede ser otra (no se puede ser vampiro). Segunda constatación: las cosas no duran para siempre, se transforman (se es, definitivamente, mariposa).

¿Dice eso el relato de Natalia? ¿Dice las fluctuaciones del cuerpo femenino a lo largo de su trayecto vital? No, dice además los escollos con que generaciones y generaciones de mujeres han tropezado en este fluir, entonces, no tan fluyente. Esos escollos adoptan las formas de la violencia. De varias violencias.

La violencia sobre el cuerpo que ejercen otros cuerpos: la violencia ginecológica de la médica de manos grandes que separa las piernas de la casi niña y explora con una torpeza que por años impedirá distinguir “las garras del invasor de las yemas de la pasión” (p. 17). Violencia del entrenador-profesor que acaso aprovechando su lugar diferencial y jerárquico también separa las piernas para reiteradamente y cada vez un poco más “hurgar ahí, donde no debía” con la avidez de “una máquina invasora” sin

ojos, ni lengua, ni boca, ni voz, solo dedos (p. 38). Violencia del vecinito varón que propone jugar al doctor y que se vale de “un tubo de plástico alargado lleno de pupitos puntiagudos” para explorar el ano y la vagina de toda “una hilera de niñas trenzas” (p. 29). Violencia de ese que ensaya otro juego, acaso menos previsible pero no menos astuto: el primo mayor que en las visitas familiares se las apaña para tomar de la cintura a las hermanas, una por vez, y propiciar vuelos rasantes de pretendido aeroplano y rozantes de su pene erecto. Violencias primeras, fundantes de un daño que es para siempre, un daño incurable que ni el amor puede restañar.

Segunda violencia. La del fármaco impuesto para instalar un sangrado que no se comporta según las reglas y que, entonces, solo será empujado por químicos y hormonas sintéticas. Lo impuesto se hace impostura: “Entonces montaba la escena. Me esforzaba por sentir un dolor profundo entre la pelvis y el estómago, me tocaba el vientre con gesto molesto para contar, a quien estuviese ahí, preguntase o no, que estaba menstruando” (p. 21). Ese esfuerzo de normalidad (de norma) fracasa: “con el tiempo dejé de oír el latido de la sangre, enmudecí la vagina y destiné mi útero al confinamiento. Lo encerré en un manicomio. Le impuse el destierro por loco” (p. 22). La violencia de un cóctel de hormonas inyectado una y otra vez en las proximidades del ombligo para alentar al cuerpo a procrear. Finalmente, la violencia del fármaco –otra vez, el mismo fármaco– para mitigar los síntomas de la perimenopausia como si ello pudiera mitigar la tristeza de la pérdida. Violencia de la medicalización, que se empeña en vestir de gala los duelos para asistir a la promesa de la felicidad.

Tercera violencia. Violencia de las palabras que también acaban pegando en el cuerpo con un chasquido de látigo. La sanción de la abuela (“es inmadura”) que, acaso sin saberlo, promueve la inanición porque sin nutrientes no hay maduración, sin maduración no hay trayecto hacia la muerte: “el día que cumplí 15 años pesaba poco más que ese número multiplicado por dos. Era una efigie. Un encadenamiento de huesos mal vestidos. Un fantasma sin sábana” (23). Violencia de las palabras que susurran los chismosos y chismosas del pueblo que acaso comenten ese modo de andar en bicicleta sin tocar el asiento o ese modo de la glotonería que, al cabo, vuelve a engrosar el cuerpo: “aguantando gestos, comentarios, comparaciones, deseando que los álbumes ardan todos en fogatas interminables y que nadie absolutamente nadie, conserve siquiera una pista de lo que fui” (69).

El revés de la violencia de las palabras es la violencia del silencio, de lo no dicho: “Visto ahora, de lejos, me pregunto cuánto inciden las narrativas adultas en esos contactos irresueltos. Miradas fruncidas, gestos duros, silencios hostiles, inauguran un relato opaco sobre el sexo, justo en ese lugar donde anida el deseo” (29).

Violencia de eso que quizás es peor que el silencio mudo y las palabras a boca de jarro: violencia de los sobreentendidos, los eufemismos. En “el atorado lenguaje del sexo” las palabras se atragantan y se vomitan ya masticadas, edulcoradas, sazonadas de modo de ocultar su verdadero sabor (47). Los días de menstruar son “un momento especial” en boca del entrenador-abusador (lo de abusador lo digo yo, no Natalia que tiene la delicadeza de obviar los modos torpes de la denuncia). Sobreentendidos y eufemismos dan lugar (ya se sabe) a malentendidos y libres interpretaciones que Natalia sabe tornar jocosas: “La primera vez que vi a dos mujeres juntas, en la cama, tenía ocho años. Estaban en la tele, y se besaban. Creo que a mi padre y a mi madre se les escapó, no lo esperaban, cambiaron rápido de canal. Los miré, la mueca era incómoda. Fue mi madre la que se adelantó a la pregunta para clausurar el incordio: -Son tortilleras- me dijo. Pero resultó peor, porque rápido pregunté: ¿Hacen tortas? Se puso seria y sentenció: son lesbianas. (...) Más tarde cuando me fui a dormir, todavía seguía pensando que algo de ese encuentro entre cocineras estaba mal y que si por alguna razón alguna vez *me* pasaba sería anormal” (41).

Sexta violencia. La violencia de las instituciones: del Estado, de la Iglesia, de la escuela. Violencia del Estado cuando explota la fábrica de Río Tercero y el aire se llena de esquirlas. Algunas irán a golpear brutal, visiblemente otros cuerpos. ¿Pero cuántas veces la violencia que el Estado es capaz de ejercer sobre los cuerpos es recóndita, invisible, íntima, silenciosa (algo que retrata muy bien la película de otra Natalia, Natalia Garayalde, sobre este mismo asunto relativo a las esquirlas de esa voladura, pero sobre todo a los gases sibilinos de las plantas químicas y a lo que ellos hacen sobre los cuerpos amados de su hermana y su padre). Es también el caso de (esta) Natalia que dice la respuesta silenciosa de su propio cuerpo a esa catástrofe de alcance nacional e internacional: “Ese día tenía que menstruar, pero el ruido del aire hinchado de bombas pudo más que la métrica de las pastillas. No me vino, se me cortó” (39).

Violencia de la Iglesia y sus representantes cuando apuntan con su dedo acusador hacia el cuerpo joven que se presenta a los recintos sagrados: el cura expulsando a las chicas, todas puperas, shorcitos, bronceador y anillitos, del patio de la capilla y de la puerta del templo como un Jesucristo enfurecido con los mercaderes inmorales. Violencia de la escuela y los educadores cuando sancionan las demandas y las travesuras que quieren hacer decir los sangrados y la sexualidad. La censura sobre las preguntas en la clase de educación sexual: esas que piden respuestas sobre el sexo oral y anal, la masturbación, la anticoncepción, la anticoncepción de emergencia. La censura sobre la mismísima menstruación que rubrica el irreconciliable divorcio entre

sangrado y *sagrado*: la monja hecha una furia por esa toallita manchada de tinta roja que una estudiante ha pegado en la puerta de la dirección.

Y también: las violencias de las que puede ser capaz la familia: empujar al exilio, a la depresión, a la enfermedad terminal. La violencia de la enfermedad terminal. La violencia de toda enfermedad. Sobre todo de esa que es difícil nombrar, esa que padece la padreabuela pero también la niña que está dejando de ser niña para ser adolescente y la mujer adulta que ha dejado de ser estudiante y ahora es profesional y la mujer gestante que ha dejado de ser gestante y ahora empieza a maternar. La violencia de esa enfermedad que se come el cuerpo y lo vuelve espectro.

La violencia de las reglas, de las normas, de lo normado, de lo heteronormado. Violencia, en fin, de las gramáticas que regulan el deber ser femenino: “Vamos por ahí señaladas como enemigas de la higiene y aliadas de la progenie. De modo que para evitar lo primero, hay que saber ocultar; y en cuanto a lo segundo, estar dispuestas a procrear. Es que siempre hay un boludo para todo, para reírse hasta el vómito de un rastro rojo y afirmar que lo mejor que te puede pasar en la vida es ser madre” (80).

Hago un *excursus* para decir que ser madre, sin embargo, es lo mejor que pasa en *La fórmula de la mariposa*, como si allí no hubiera violencia, incluso pese a los cócteles hormonales introducidos en el cuerpo a fuerza de pinchazos, incluso pese al parto narrado en apenas cinco renglones que son una sacudida: “Late, late, late. Aumenta, el pulso se acelera. Grito, fuerte. Voy a partirme en dos. Sale, está morada, después rosa. Preciosa. El sonido de mi garganta es un llanto que vuela y va a parar exactamente donde se mueve su boca. Ya no somos un cuerpo hecho dos. Somos UNA y OTRA...” (83) Como si en el acto de parir primero y maternar después (pero también en el acto de haber sido maternada) solo hubiera lugar para las reglas del amor y, si las del odio, también, las reglas del perdón.

Contra las violencias, contra las gramáticas se rebela esta mariposa con alas que es Natalia. El relato de lo in-minente, es relato de otros “in”. De la in-fancia pero también, del in-somnio, la in-anición, la in-madurez, la in-sanía. El prefijo *in* dice lo *out*: ese ponerse fuera de las reglas que pretenden regular los comportamientos del cuerpo femenino. Natalia dice de un cuerpo que se resiste: a menstruar, a engordar, a adelgazar, a dormir, a crecer, a envejecer y, que, en cambio se ofrece a gestar y poner afuera del cuerpo un cuerpo nuevo, una vida nueva.

Ese cuerpo que se resiste es, además, un cuerpo vulnerable pero audaz. Un cuerpo que se mete a la iglesia y se erotiza con las imágenes que “esos lugares medio santos, medio cristianos, medio ladinos” le sugieren. Un cuerpo que se mete a una oficina de la facultad y dice que tiene título pero no publicaciones y que lo mismo quiere

hacer un doctorado. Un cuerpo que se mete, finalmente, al manicomio y escucha las voces ajenas de la locura que, después de todo, siempre ha sido “un algo [propio] al acecho” (87).

Poner afuera es también narrar, poner en escritura. Lejos de las romantizaciones de la literatura, el *literar* de Natalia es “refugio” y “suavecito poncho de lana”, pero es también vómito, y excrecencia, eso que se expulsa del propio cuerpo, eso in-mundo que se pone, por fin *out*, en el mundo: “yo hilaba cuentos con el culo sobre el inodoro. Mientras la materia se despedía del intestino, en mi cabeza ocurrían otras cosas” (33). “Escribir se parecía a vomitar las sobras después de una panzada de chocolate” (33). (Leer, en cambio, es pura glotonería, como comer la crema pastelera de la abuela después de atravesar la imposición del pollo con papas. Leer es un premio dulce: “cuando leíamos en el taller se me juntaba agua en el paladar”). Escribir, como menstruar, parir, vomitar y cagar, es expulsar.

En el manicomio, Natalia encuentra la voz de Marina, la mujercita vestida de gris que, antes, en su tesis doctoral sobre *Medidas de seguridad curativas y derechos humanos en Argentina*, ha sido María. Según Natalia, Marina quería hablar, quería, también ella, expulsar su historia de sí. Esa historia, dice Natalia, era una historia “llena de valles y lomas, una que andaba sola”. También la historia de Natalia es una historia llena de valles y lomas, de subidas y de bajadas, de fluctuaciones que la andadura de su escritura potente, seductora, por momentos extremadamente poética, por momentos extremadamente conmovedora sabe hacer andar como si anduviera sola pero no, porque ahí hay un trabajo sobre esa otra gramática que es la del lenguaje y que Natalia también sabe burlar, torcer y frustrar. Como pasión, como afecto, como afección, la frustración supone la imposibilidad de cumplir con una expectativa previa: aquí, con las reglas (ya de por sí un poco laxas) del ensayo. Y con un tema: la menstruación. La imposibilidad, sin embargo, se afirma y se hace voluntad: frustrar la regla justo ahora que la regla se retira para escribir un texto que navega por las aguas o por la sangre (“capaz me estoy yendo en sangre con esto que voy a contar”, dice Natalia) de la novela, de las memorias, de la autobiografía, de la autoficción. Frustrar el plan inicial para escribir no de la menstruación (que habrá sido un pretexto, una excusa, un artefacto para narrar), sino del cuerpo, la maternidad, la infancia, las ancestras y, en fin, la vida, ese otro hilo rojo que fluye y se nos escapa, pero que también se esparce como una mancha que nos impregna.

Fecha de recepción: 03 de abril de 2024

Fecha de aceptación: 23 de abril de 2024

Licencia  Atribución
– No Comercial – Compartir Igual
(by-nc-sa): No se permite un uso
comercial de la obra original ni de
las posibles obras derivadas, la
distribución de las cuales se debe
hacer con una licencia igual a la
que regula la obra original. Esta
licencia no es una licencia libre.

